



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña Maria Cristina y S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

EPOCA 2.^a

NÚM. 18.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 4 Diciembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Una página de oro en el libro de los acontecimientos: teatro Principal, por D. Gerónimo Flores.—La inundacion de Alcira (continuacion).—Las ánimas, por D. Carlos Frontaura, (conclusion).—El original de un retrato, por D. Salvador María de Fábregues.—A la Purísima Concepcion (poesía), por el Marqués de Cabrinana.—El génio de la Alhambra, á C. de V. (poesía), por D. Manuel Atard.—La hija del coronel Despard: novela original por D. Alejandro Buchaca y Freire, (continuacion).

Láminas. Calle de la Salinería, la noche del 5 de Noviembre (Alcira).—Calle Mayor de Santa Catalina, despues de la inundacion (Alcira).

UNA PÁGINA DE ORO

en el libro de los acontecimientos.

TEATRO PRINCIPAL.

Si tuviésemos una imaginacion capáz de idealizar todo lo que el entendimiento concibe, estaríamos gozosos de haber empezado este artículo.

Ya que esto sea el privilegio de los menos, nos concretaremos á ser el reflejo de toda esa sociedad que sumida en la contemplacion de tantas calamidades y desgracias, ha encontrado un bálsamo consolador para adormecer

sus padecimientos morales, en la magnífica funcion dramática que han dado varios jóvenes de la aristocracia.

Cuando los sucesos desastrosos infunden inquietud y desaliento en los ánimos; cuando España entera cree aletargada á la deliciosa *Edeta*, á causa de las terribles desgracias de que han sido testigos sus moradores; es consolador ver un grupo de encantadoras niñas, criadas bajo los artesonados de aristocráticos salones, dispuestas á llevar á efecto el pensamiento de tomar parte en una funcion dramática, cuyos beneficios han de servir de nuevo recurso á los desgraciados que aun lloran las pérdidas de sus escasas fortunas.

Ese cielo de la perfeccion, esa virtud de la aristocracia que hoy egerce sus actos de caridad en aras del bien de la provincia, es un verdadero heroísmo.

Toda la semana anterior se notaba un celoso movimiento entre la mayor parte de la distinguida juventud de nuestra capital, pudiendo predecirse que la funcion preparada para el sábado seria magnífica y digna por todos conceptos del objeto benéfico que tenia y de las personas que en ella tomaban parte.

Verificóse en efecto ésta la noche del sábado 26 de Noviembre, resultando un conjunto tal de los numerosos detalles que dieron brillo á la funcion, que hace imposible su descripcion detallada.

El grandioso salon del teatro Principal se

vió completamente lleno de cuanto la capital encierra, de mas brillante por su gerarquía y por su belleza, realizando estas cualidades los elegantes trages y ricas joyas que constituian el adorno de las damas.

Así como en el sistema planetario es de todo punto imposible fijar especialmente la atencion sobre cada uno de los innumerables cuerpos luminosos que pueblan el cielo, así tampoco podemos describir todas las bellezas que allí existian.

El aspecto que presentaba el teatro era encantador.

La diosa de la belleza parecia haber corrido el velo, para atestiguar una vez mas que Valencia es el pais donde ella reina.

A las diez y media de la noche se levantó el telon, y un nutrido aplauso fue el primer saludo que recibieron cuantos tomaban parte en la representacion.

La señorita de Lacerda leyó una sentida composicion de D. Terencio Atard, que sentimos no poder reproducir.

La señorita Doña Milagros Lara leyó á su vez las siguientes redondillas de nuestro amigo el distinguido poeta D. Enrique Gaspar:

Erase un hombre y su nombre
Cual veis en silencio paso,
Pues lo importante del caso
No es el nombre sino el hombre.
Cuentan de él que era inhumano
Tanto que con cara impia
Viendo á un pobre le decia:

—Perdone por Dios, hermano.—
Y era rico, en brillo al sol
Sus joyas dábanle guerra,
No recuerdo bien su tierra;
Pero en fin no era español.
Tenia criados, coche
Y cuanto á su afán cumplía,
Miento, solo no podía
Pegar los ojos de noche.
Todo el proto-medicato
En vano le visitaba
Y el pobre señor gritaba:
—Si no me curan me mato.—
Con este clamor eterno
Dejando la blanda alfombra
Renegando de su sombra
Salió á la calle, era invierno.
Con su alma forrada en cobre
Marchaba sin direccion
Cuando en cierto callejon
Le salió al encuentro un pobre.
Señor, dijo, á V. acudo;
Una limosna por Dios,
Es invierno y somos dos
A dormir sobre un felpudo —
Yo no sé qué oculta llama
Le hirió entonces con su brillo,
Que alargándole un bolsillo
Contestó: Para una cama.
Volvió á su casa risueño,
La cabeza recostó
Sobre la almohada y pasó
Toda la noche de un sueño.
Y oyó al despuntar la aurora
Qué una voz libre de enojos
Dijo:—Dios cierra los ojos
Del que consuela al que llora.

La señorita Doña Rosa Navarro hizo escuchar las siguientes décimas, del festivo poeta D. Rafael Liern.

Por consolar una pena
De imponderable amargura,
Hoy nuestra planta insegura
Pisa la artística escena.
Nuestra alma al orgullo agena
Con la caridad por guía,
No pretende en este día
Robar con el fuego santo,
Ni á Melpómene su llanto
Ni sus gracias á Talía.

No arde en nosotros la llama
De los que inspirados vienen
Ni esperamos que resuenen
Las cien trompas de la fama.
Ageo bien nos inflama,
Público, y pues es verdad,
Medita—si tu bondad
Hoy quisiera abandonarte—
Que entre nosotros y el arte
Se cierne la caridad.

Una lluvia de flores, dulces y blancas palomas engalanadas con preciosas cintas fue el primer obsequio que recibieron las encantadoras artistas improvisadas, las que con una delicadeza muy propia dieron las gracias á todo el público que aplaudía frenéticamente.

Después de esta primera parte se puso en escena la comedia de nuestro amigo y colaborador D. Jacinto Labaila, *El arte de hacerse amar*. La naturalidad y gracejo con que desempeñaron sus respectivos papeles las Señoritas de Cárcer y Lara (Doña Pilar), nos sorprendió agradablemente.

Los Sres. Nuñez, Nicolau y Jover nos complacieron, pues se notaba la naturalidad con que decían sus papeles, dándoles todo el tinte de verdad apetecido.

La pieza bilingüe *De femater á lacayo* del Sr. Liern, fue interpretada admirablemente.

Las Señoritas de Navarro, Barranco, Lara (Doña María), y Padilla, dieron mucha expresión á sus papeles haciendo resaltar sus encantos los airosos trages de labradoras.

El Sr. Conde de Villanueva hizo un *Tío Quico* admirable, así como el Sr. Borso un *lacayo* con todas las condiciones que el papel exige. El Sr. Arizabala cantó unas coplas acompañado de guitarras, mereciendo la repetición por su naturalidad.

Los Sres. Nuñez, Reguera, baron de Beníayó, Julian, Jover, Nicolau, Tovia, Frigola y Cantalejo, daban al cuadro toda la vida y animación que requiere la escena, caracterizando los tipos de una manera admirable.

El maestro de baile fue la última pieza y en la que vimos gustosísimos hacer de protagonista al Sr. Conde de Ronré.

Doña Milagros Lara y Lacerda, recibieron aplausos muy oportunos y el Sr. Font de Mora hizo su papel con verdad.

El público entusiasmado arrojó preciosos ramos á la escena y multitud de cartuchos de dulces, que ofrecían con extrema galantería los noveles actores á las lindas damas con quien habían compartido los plácemes de los espectadores.

Al finalizar la pieza se redoblaron con insistencia los aplausos, siendo llamados al palco escénico, no solo cuantos habían tomado parte en la función, sino también el Sr. Liern, Labaila y el apreciable actor Sr. Mata, como parte principal en la dirección durante los ensayos.

Todos recibieron los mas sinceros plácemes del público, á escepcion del Sr. Labaila que á causa de estar enfermo no se encontraba en el Teatro.

Nos enorgullece ver que se ha llevado á efecto una función digna de la aceptación general no solo por su caritativo objeto sino por la precisión y verdad con que ha sido ejecutada.

Todavía hay almas que se inmolan generosas y ardientes en aras de la caridad á pesar del frío que hiela esta sociedad positivista.

En el corazón de la sociedad valenciana hay grandes sentimientos humanitarios y en determinadas ocasiones nos dispiertan del sueño en que el hielo del mundo nos sumerge. Siga la juventud la senda del bien que es la de la perfección guiada por la luz de la caridad, de ese inefable bien que es la esperanza de los desvalidos.

Nuestra aristocracia ha adquirido un nuevo título, y los jóvenes que se han hecho intérpretes de sus sentimientos son acreedores al aprecio de toda la provincia por su decidida cooperación en llevar á cima el filantrópico objeto de proporcionar un alivio á los que sufren.

Los grandes hechos de almas generosas son dignos de recibir la sanción del aura popular.

Desde nuestra humilde redacción les mandamos á todos en general y á cada uno en particular los mas sinceros plácemes anhelando tan solo no olviden que el verdadero blason de la aristocracia es la *Virtud y la Caridad*.

GERONIMO FLORES.

LA INUNDACION DE ALCIRA.

(Continuacion.)

II.

Si triste y azarosa fue la noche del 4 para los habitantes de Alcira, no lo fue menos la del 5 en que un intranquilo insomnio les recordaba los trágicos episodios que ofrecían sus vecinos, colocándose unos sobre las vacilantes techumbres de sus moradas, desde donde dirigían sus fervientes plegarias al que solo tenía poder para contener las desbordadas aguas que bañaban sus plantas; otros fluctuando sobre frágiles cañizos ó sobre sus propios lechos que arrebataban desapiadadamente las corrientes, esperando despavoridos la desolación y la muerte; todos registrando un conflicto, exhalando un suspiro de dolor ya prestando actos de abnegación y heroísmo; en tanto que una deshecha tempestad de agua y truenos mantenía su ánimo azorado, temerosos de que una nueva inundación repitiese la desesperada situación de la noche anterior ó que se desplomasen sus casas á consecuencia de la terrible lluvia que sobre ellas caía. Absortos en esta

funesta contemplación, les sorprendieron los primeros albos del día 6 dibujándoles la inmensidad del infortunio que les afectaba. Bazaes sin artículos, almacenes sin mercancías, departamentos sin mobiliario ó en desordenada confusión, familias enteras ocupadas en desalojar sus viviendas de los inservibles y destrozados restos de sus fortunas, obstruidas las calles por los animales que habían sucumbido, confundidos lastimosamente con objetos y enseres aplastados que arrastraron las aguas; escasez de recursos para las clases acomodadas, carencia absoluta de ellos para la proletaria que asediados del hambre agrupadamente discurrían por un mar de fango: lágrimas en las mejillas de todos; languidez que reflejaba los angustiosos padecimientos de cuantos se encontraban; aspiraciones de salvación en todo un pueblo sin pan y sin hogar; apuro eminente; amarga situación que imponía apremiantes y sagrados deberes á las autoridades y al hombre cristiano: era urgente calmar esta verdadera desesperación y en la plaza pública por indicación del Sr. Juez D. Diego Alpañes, que con una serenidad asombrosa comprendió la verdad é importancia de la catástrofe y lo crítico cuanto difícil de las circunstancias que se atravesaban, acordaron de consuno el alcalde D. Faustino Gimenez, los regidores D. Juan Gisbert y D. Vicente Montalvá con el indicado Sr. Juez, acometer de frente y sin escusar esfuerzo alguno tan lastimoso y no menos terrible conflicto. Mientras los precitados alcalde y regidores se quedaron en la Villa procurando provisiones y vendiendo cuantos obstáculos naturalmente dificultaban sus pensamientos de nunca bastante ponderada energía y caridad, el Sr. Juez asociado del médico forense D. José Estruch, su sustituto D. Ramon Marco, el secretario de Ayuntamiento D. Juan Redal, del joven vicario D. José Soler, el administrador de correos D. Bernardo Magraner y los particulares Don Carlos Arricaut, D. José Juan Valdes y Don Severiano Goig, marchaban precipitadamente al arrabal, y sin detenerse ante el inmundado lodazal que habían de atravesar, ni cejando á presencia de las cenagosas aguas que embrazaban su paso, recorren sus calles sembradas de ruinosos y desplomados edificios, y despreciando el peligro de los que se derrumbaban en su tránsito, exhortan á los afligidos habitantes á que abandonen sus temblorosas moradas, les dan seguridades de socorros, ofréncles el pan que muy pronto ha de saciarles; porque á la voz de la autoridad, á la invocación de una virtud que no desconocen, los labradores abrieron sus leñeros, los araposos y macilentos mendigos trasladan cuasi desfallecidos el combustible á los hornos que quedaban en pie, y el panadero se apresta con afán á confeccionar las inolvidables tortas que rápidamente amasadas y cocidas vienen á ser el alimento de todas las clases sin distinción. Y los infelices presos que les conserva la actividad de su alcaide Rafael Gomez, son preferentemente socorridos, y las desconsoladas monjas que veían por sus patios hasta los objetos mas venerandos, y arrojadas de sus pobres celdas por los pujantes embates del rio que las bordean, son esmeradamente atendidas por la indicada autoridad.

La feliz idea que un sentimiento filantrópico inspiró á los ya citados alcaldes y regidores se realizó en esta ocasión. Se había reclamado pan á la inmediata villa de Algemesi y su alcalde D. José Sanchis y vecinos respondieron tan generosa y oportunamente que no es bastante ninguna frase para encarecer la importancia de tal acción. Los caminos se hallaban intransitables, la vía férrea destruida, la inundación esparciendo peligros, y al través de tanto escollo, un celo verdaderamente fraternal arrolla tanto inconveniente presentándose crecido número de hombres cargados sus hombros con el pan que recogen en cuestación, entre-

gándolo á la autoridad que reparte inmediatamente entre todos, completamente todos, porque carecian de él, agravando su tribulacion. El número de animales muertos que anotamos en nuestro anterior artículo se hallaba todavía por las calles: su descomposicion comenzaba, y no era un mal de menor valía para que no se acudiese á su remedio. Habia perecido casi todo el semoviente, y si violentando algunos caballos se logró sustraerles de la suerte de los demás, se resentian físicamente y apenas podian acudir al menos fatigoso servicio. Sin embargo, el patriotismo y desprendimiento de los Sres. Galvañon les indujo á facilitar su yunta con los que se arrastraron y arrojaron al río los que se veian en la plaza y calles mas públicas, completándose mas tarde dicha operacion. Los molinos habian quedado inundados y aislados de toda comunicacion. Los habitantes moraban en sus tejados implorando á voz en grito un auxilio que difícilmente se les podia prodigar. Los cercaba una estension de mas de un cuarto de hora de elevadas aguas, y no habia sino aquella memorable barquilla que ya dijimos socorrió en la tarde del 5 á otros que obtuvieron su auxilio. Su barquero en la ancianidad sentia la fatiga de su descrita heroicidad: su casa y familia se hallaban sin recursos y separada por la avenida del resto de la poblacion. Un padecimiento físico le impedia ejercitarse en las fuerzas del remo, y en este estado se acudió al repetido señor Juez para que salvase las personas que lamentaban su desventurada posicion en dichos molinos, y trasladándose rápidamente al lugar en que se encontraba la barquilla, acompañado del nombrado D. Carlos Arricañon, D. José Reynot y del sargento de la Guardia civil penetra hasta las aguas del río, manda, ruega y hasta escita al cansado barquero, logrando felizmente que venciendo éste su fundadísima repugnancia se decidiese á trasportar á los indicados molineros, ayudándole su hijo político Bernardo Cousas. El Sr. Gobernador civil de la Provincia que se hallaba detenido en Silla por no dejarle las aguas arribar antes á Alcira, despreciando riesgos sin fin y sobreponiéndose á la inseguridad de un terreno que cubrian las aguas, llegó impávido á esta estacion, cuando José Sanz henchido de gozo apretaba la mano del Juez su bienhechor, el cual, con el teniente alcalde D. Francisco Just, el espresado médico forense, los escribanos D. Francisco Just y D. Eduardo Caldes, D. Manuel Aparicio y secretario del ayuntamiento D. Juan Redal y médico-cirujano D. Antonio Serra, habian salido á la recepcion de la mencionada superior autoridad. Han hablado los periódicos del estado de la reseñada comision, y ciertamente que quienes llevaban dos noches sin descanso y dos dias de fatiga, á quienes oprimian desvelos por sus abandonadas familias y lastimados intereses, á quienes abrumaban padecimientos físicos, por sus tareas en alto grado morales por el desventurado porvenir que les esperaba, y quienes circulaban desde la mañana del 5 entre las elevadas aguas y cenagoso lodo, la demacracion habia de retratarse en sus rostros, y sus ropas habian de estar impregnadas de la inmundicia que en las calles testificara las consecuencias de una sucia y nunca vista inundacion. Pero ni ante esta perspectiva se debilitaron los nobles impulsos del Sr. Gobernador. Rodeado de su comitiva y de los que le recibieron, penetró por la poblacion y su presencia y paso firme por entre intransitables barrizales y encumbrados montones de recientes escombros, alientan á los de su comitiva dando nuevos bríos á las autoridades y demás personas que se encontraban á su lado. Su llegada á la casa del Ayuntamiento es saludada como un iris de esperanza y cual un ángel tutelar, evoca nombres gloriosos, anuncia remedios para tan inauditos desastres, promete recursos, afianza la egecucion de enérgicas medidas y la poblacion se

reanima en su abatimiento, atenua su impaciencia y llega á endulzar su amargura con el bálsamo que destila la sola presencia de tan grande varon. Pero no bien se hallaban dispuestos estos habitantes á dormirse en brazos de la confianza que les inspira su dignísimo Gobernador, un inesperado desplome esparce aterradora alarma, y desde luego el prenotado Sr. Juez con el promotor fiscal D. Ramon Regal, que enfermo desde el dia 2, vése en la necesidad de abandonar la cama en el dia que reseñamos por el peligro que ofrecia la casa que ocupaba, y con los escribanos D. Eduardo Caldes y D. Francisco Just aparecen solícitos en el punto de las ruinas consolando á las familias que se alejan desprovistas del lugar de la catástrofe, y reunidos despues con el ingeniero Sr. Cerdá y otros que lo acompañaban, á las once de la noche recorren y reconocen diversos edificios, indiferentes al peligro que ofrecia su estado.

LAS ÁNIMAS.

(Conclusion.)

IX.

Y media hora despues el mayor silencio reinaba en la posada, y huéspedes y posaderos dormian el sueño, sino de los justos, de los cansados; dormian todos, menos Andrés que no podia dormir.

Hablábale el demonio, y este enemigo del hombre sabe hacerse oír, y desvela á los que quiere perder, ó mejor dicho ganar para el infierno.

Otra vez volvian á bullir en el cerebro de Andrés los mas ruines pensamientos.

—Ya estamos cerca de nuestro pueblo, se decia, mañana abrazará Juan á Teresa, y pasado mañana dispondrán la boda, y yo me moriré de rabia y desesperacion... Todos duermen... Si yo me atreviera... y como somos muchos tal vez sospecharán de otro... no, no, que si despertara alguno, si Juan diera un grito, me matarian...

Abismado en sus reflexiones, que ya sabe el lector que no eran nada buenas, quedó algunos momentos, y de pronto, como si hubiera tomado una resolucion, se incorporó, limpióse el sudor que le bañaba el rostro, y de puntillas, procurando no hacer ruido, y guiado por la trémula luz de un candil que colgado habia dejado el posadero de un garfio en el techo, se acercó á una ventana que daba al camino, y que como la noche era en extremo apacible, y cerrada la ventana hubieran podido muy bien amanecer asfixiadas las personas que dormian en aquel estrecho tugurio, habia quedado solamente entornada, la abrió, miró al camino y despues de dudar algunos momentos, saltó por ella y echó á andar.

Andrés era muy cobarde; la noche, y mucho mas despues de las apariciones de la anterior, le infundia extraordinario pavor; pero el demonio que acababa de inspirarle otro mal pensamiento, le daba en aquellos momentos valor para arriesgarse á recorrer de noche el camino.

—Llegaré antes que él, decia, veré á Teresa, y le diré que Juan ha muerto, no... que Juan la ha olvidado, que Juan no vá, y se volverá loca, ó se morirá de pena, que tanto y mas es lo que le quiere... Y si no, le diré que Juan me envia á buscarla, que quiere verla antes que nadie, y ella es claro, se vendrá conmigo, y entonces... Corramos...

Y volviendo instintivamente la cabeza, vió que le seguia aquella misma sombra de la noche anterior, y llegó á su oído como el sonido de un eco lejano esta frase: «¡Hijo mio!» pero triste, dolorosa y angustiosa.

Andrés se detuvo, y la sombra siguió avanzando... y entonces Andrés corrió, voló por

aquel camino huyendo de aquel aterrador fantasma, que le seguia corriendo, volando como él.

Ya no podia mas; rendido de fatiga, empapado en sudor, llegóse á beber á un arroyo, y al ir á cojer el agua en la gorra, retrocedió espantado al ver en el agua la misma sombra, y al oír otra vez aquel desconsolador:—«¡Hijo mio!»

Volvió á correr, volvió á volar loco y desesperado, y la sombra siempre tras él.

Ya no le era posible luchar con la fatiga y cayó sobre una piedra en un estado que hubiera dado compasion al hombre mas empedernido.

A su lado en otra piedra estaba el fantasma, y de cuando en cuando con doloroso acento le decia:—«¡Hijo mio!»

—¿Quién eres, fantasma maldito?... exclamó Andrés en el colmo de la desesperacion. ¡Hijo mio! le contestó el fantasma.

Volvióse Andrés, como si hubiese oído una voz que no le era desconocida, pero el fantasma ya no estaba allí.

Comenzaba á amanecer, y la luz del dia tranquilizó el espíritu de Andrés, si podia haber tranquilidad para su espíritu.

Púsose en pié, echó á andar, pero podia andar con mucha dificultad; cuando mas queria correr tanto mas se negaban sus piernas á satisfacerle.

Andrés se desesperaba, porque si seguia andando con aquel paso, Juan le alcanzaria seguramente.

Quiso andar mas, quiso correr, y corrió, haciendo grandes esfuerzos, y sufriendo horribles dolores, y por fin llegó á divisar el campanario de su pueblo, y respiró, y pareció reanimarse y cobrar fuerzas al pensar que podria egecutar pronto su villano intento.

Y ya iba á llegar á la entrada del pueblo, cuando sintió que le tocaban en el hombro, volvióse, y sintió en el rostro como una bofetada sacudida con una mano de hierro, y oyó una voz terrible y amenazadora que le gritó:—«¡Hijo mio!» y al mismo tiempo el toque de ánimas.

Andrés estuvo á punto de perder el conocimiento, sintió que todo su cuerpo se abrasaba, pero el demonio le sostuvo y le arrastró al pueblo.

Cuatro ó cinco niños que le hallaron, le miraron el rostro, y echaron á correr espantados.

Y mas allá, sentada á la entrada del pueblo estaba Teresa, bella como un ángel, esperando á Juan, acompañada del padre de éste, y mas allá todos los vecinos del pueblo, vestidos de fiesta, esperaban tambien al soldado.

Andrés, viendo á Teresa, corrió á ella, abrió la boca para decir:—«Juan no viene, Juan ha muerto»... pero en vano lo quiso decir.

Por mas esfuerzos que hizo, no pudo articular palabra...

Al mismo tiempo, Teresa daba un grito de horror y todos los que se acercaban y veian á Andrés lo repetian y retrocedian horrorizados.

Teresa se habia desmayado.

Andrés miraba atónito á sus amigos, á sus vecinos que le señalaban al rostro y se mantenian á regular distancia.

De repente sonó otro grito, pero no de espanto sino de satisfaccion inmensa.

Juan llegaba.

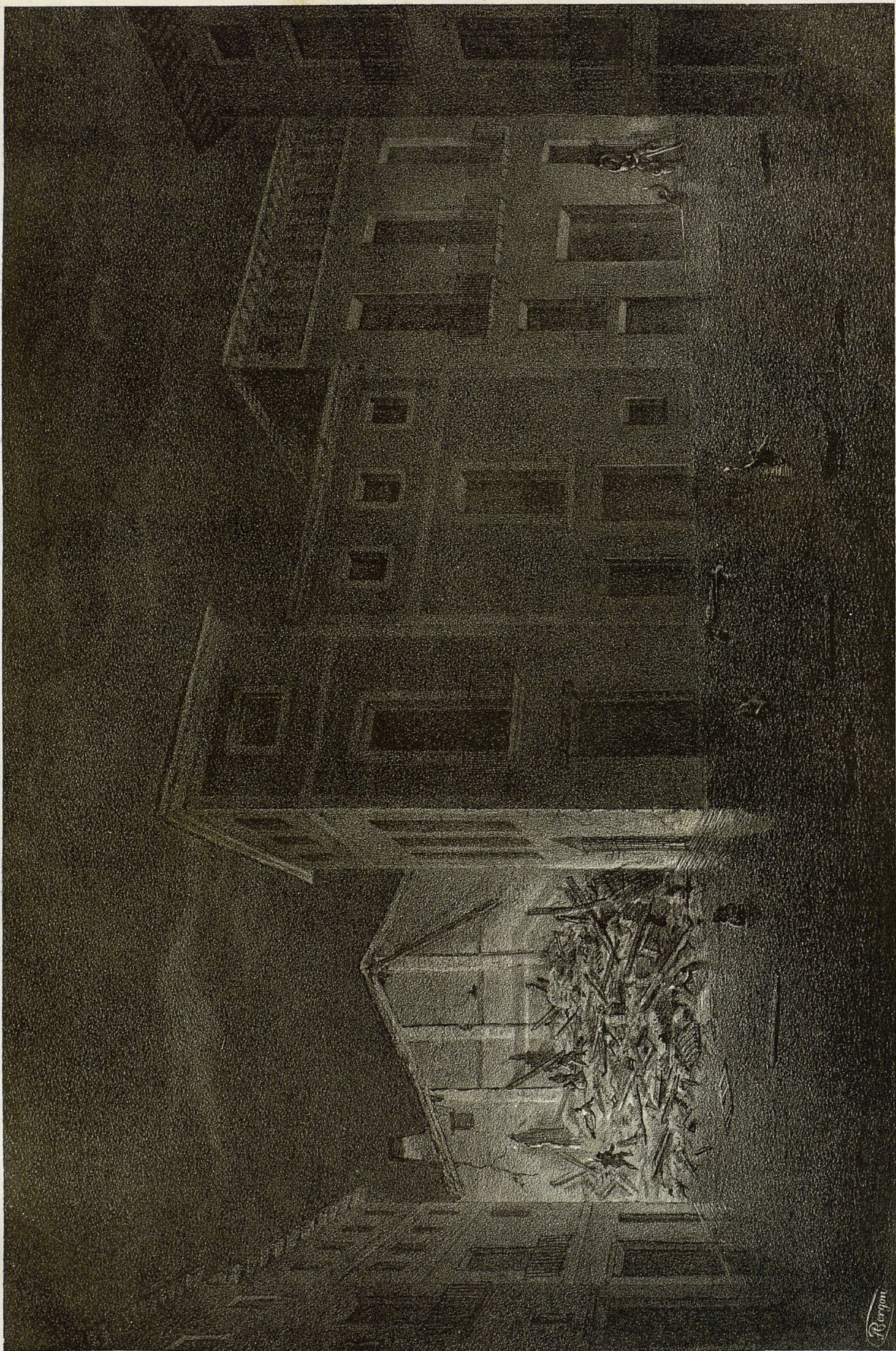
Juan vió á Andrés y tambien se pintó en su rostro el espanto.

Andrés tenia perfectamente señalados en la mejilla derecha los cinco dedos de una mano.

X.

Juan se casó con Teresa.

Andrés no volvió á hablar mas y perdió la razon.



Calle de la Salineria, la noche del 5 de Noviembre.

(Alcira)

(Véase la página 122 del número 16).

Lit. V. ALICIA Pza. Constitución, 9.



Calle mayor de S^{ta} Catalina, después de la inundación (Alcira)

En V. ALGER, pza. Continuation. 3.

Aquella horrible mano impresa en su rostro no desapareció nunca.

Muchas veces le preguntaban de quién era aquella mano, y él por señas, elevando los ojos al cielo, y señalando á su casa, y cerrando despues los ojos é inclinando la cabeza sobre la palma de la mano derecha, parecia querer dar á entender que era la mano de un muerto.

Solo al cura del pueblo, que era un santo y un sábio, refirió Juan lo que habia podido comprender del mal instinto y de los malos deseos de Andrés, y las palabras que le oyó en el delirio, mientras estuvo herido, y los indicios que tenia para creer que habia tratado de asesinarle algunas veces.

Y el cura decia á todos los curiosos del pueblo:

—Esa es la mano de su madre. —Dios permite á las madres buenas, que dejan hijos en el mundo que velen por ellos y les impidan cometer ninguna accion villana. —Andrés no era bueno, y su madre le ha castigado y le ha impedido que haga mal uso de la inteligencia.

Andrés no reconoció nunca á Juan ni á Teresa.

Vivió muchos años, mantenido por la caridad de sus vecinos, y cuentan que el día que lo enterraron, mientras estaban cavando la fosa donde iba á esperar la resurreccion de la carne, vió el sacristan, que era un bendito, acercarse á una viejecita que ni sabe por donde entró ni por donde se fue, que, inclinándose sobre el muerto, le puso la descarnada mano en la mejilla derecha, y le dió un beso diciendo: «¡Hijo mio!»

Y cuando bajaron el cuerpo de Andrés á la fosa, ya no se le veia en la mejilla derecha la señal de la mano horrible.

CARLOS FRONTEIRA.

EL ORIGINAL DE UN RETRATO.

I.

En el mes de Setiembre de 1856, disfrutábamos el placer de respirar las suaves brisas de la ciudad del Tiber, residíamos en Roma despues de haber recorrido una buena parte de Italia y visitado detenidamente las capitales de Toscana y Cerdeña.

Durante nuestra permanencia en la *Ciudad Eterna*, un amigo nos presentó en casa el baron de B.... que acogió nuestra presentacion con la amabilidad y finura que le distinguia, prodigándonos muchísimos obsequios al doble título de español y admirador de las maravillas que encierra la ciudad de los Papas, que conocia y explicaba muy minuciosamente. En las reuniones del baron de B.... se pasaban las horas muy agradablemente, ya contando algunas historias, tradiciones, anécdotas contemporáneas; ya deleitando los oídos con magníficos trozos de las mejores composiciones de música clásica, egecutados por los mas principales artistas; ya examinando preciosas obras de arte, debidas á los pinceles de los Rafael, Ticiano, Julio Romano etc., ó al cincel de Cánova y de otras notabilidades. En una de las noches que tan breves se nos hacian, el baron tuvo la amabilidad de contarnos la historia de uno de los mejores retratos que adornaban su galería. El interés que nos inspiró, llegó á tal grado, y fue tal la impresion de la pintura que motivó la historia, que á saber manejar el pincel, hubiéramos reproducido el retrato de memoria aun contra la voluntad de su dueño, pues otra cosa no era posible. Sin embargo, apuntamos en nuestro diario, aunque desaliñadamente, su historia, y hoy que tal vez su narrador ha descendido á la tumba, creemos casi un deber hablar un poco de él y de las escenas que la motivaron.

El baron de B.... era uno de esos raros

ancianos que con tanta maestría toma por tipo el novelista Carlos Nodier. Contaba cerca de ochenta años, y á pesar de tan avanzada edad, estaba exento de los achaques propios de ella. Tenia buena vista y sus piernas eran todo lo ágiles que la edad permitia. Su humor siempre bueno, siempre igual, le hacia acoger con preferencia la sociedad de personas jóvenes á otras de su edad. Su casa era una agradable reunion en donde se encontraban mezclados algunos de sus viejos amigos, un número no pequeño de mugeres, en las que brillaba la juventud, la belleza, ó el talento; poetas, artistas, y jóvenes que sin ser uno ni otro, son recibidos con las mismas distinciones en toda buena sociedad. El baron recibia á todo el mundo con la finura de un antiguo cortesano.

Un gran salon de su vasta y cómoda morada, habia sido transformado en galería de retratos. Algunos dias abria el baron á sus amigos su pequeño Panteon como él llamaba, y ciertamente era un bello golpe de vista el contemplar un número bastante regular de retratos de diversas personas de ambos sexos, que cada uno encerraba una historia, las que se complacia en referir el viejo y amable baron amenizando con ello la reunion con sumo gusto de sus concurrentes.

Una noche que se hallaba reunida su habitual y bastante numerosa sociedad en la galería de retratos, todas las miradas, ya risueñas ya graves, se dirigian á uno de una belleza magnífica. El vigoroso pincel habia reunido en él todas las condiciones de una buena obra. La pintura representaba una belleza sublime, armonizada con el poderoso encanto de la juventud, y la lánguida espresion de dos negros y rasgados ojos. La atencion de los concurrentes estaba tan fija en aquel cuadro, que no sabian apartar los ojos, lo que enorgullecia de tal manera al baron, su propietario, que en su semblante se retrataba la mas placentera satisfaccion.

—Si esa pintura no es una concepcion del artista, dijo uno de los concurrentes, para luchar con sus rivales y acaso vencer en ese género, confieso, que me interesaría el conocer ó saber algo del original, que casi estoy convencido que era italiana, de tal manera revela con su puro y precioso semblante su origen, así como una mezcla de pudor y despreocupacion.... Pero vos, querido baron, sabreis como es seguro, la historia de ese retrato, os ruego en nombre de la sociedad nos la conteis dispensándome, si al pedirlo os evoco tal vez tristes recuerdos de otros tiempos; pero ya sabeis que la curiosidad es un aguijon que atormenta demasiado.

—Efectivamente, contestó el amable octogenario, sé la historia de ese retrato, como la de todos los que poseo, pero mi fugitiva memoria no puede recordarla en este momento. Concededme un instante para que satisfaga vuestra curiosidad, contándoos una vieja historia que haga palpar vuestros jóvenes corazones.

Y despues de algunos minutos continuó.

Principio por un prefacio que creo de la mas pura moral. —No condeneis jamás las faltas producidas por las pasiones, pues vosotros no las habeis sufrido aun. —Ahora estadme atentos, que os contaré la historia de ese retrato, que vosotros literatos podeis publicar si gustais y titular como yo *la protectora de un senador*.

II.

La escena que voy á tener el gusto de contaros, tenia lugar en Roma en un día de 1651, en el pontificado de Inocencio X, entre el célebre pintor Grimaldi de Bolonia, discípulo y pariente del Carrache, y la célebre cortesana Imperia. Su retrato es el que ha llamado vuestra atencion y por el cual he pagado un precio exorbitante.

Figuraos un precioso gabinete en estremo

confortable, como se diría en el día, y en él al autor de esta pintura y á su original, ó su modelo como llaman los pintores. El sentado ante su caballete y con la paleta y el pincel en la mano se ocupa en transmitir sobre el lienzo la divina hermosura de Imperia, que yace muellemente recostada sobre un mueble muy útil, al que ha reemplazado en estos tiempos, otro no tan cómodo llamado otomana. Entre el pintor y su bello modelo, medió el siguiente diálogo, que la tradicion se ha cuidado de hacer conocer al actual poseedor del retrato.

—¿Y vos creéis, Grimaldi, que la escena de mañana será la última?

—Estoy seguro, señora, que por vos, sin embargo de vuestra calma, se repetirá lo mismo hoy que ayer, y mañana que hoy.

—Me lo asegurais por mí, Bolonés, sin embargo que con vuestra animada conversacion disminuís las torturas de mi alma, aunque aumenteis mi impasibilidad. ¿Estoy bien así?

—Bella, como lo estaria una virgen animada por el amor.

—¡Cortesano!.... ¿Y qué se dice por Roma?

—No se habla mas que de tres cosas, tres sucesos; es cierto. El primero es la fiesta que dá esta noche en el palacio Panfilii, D.^a Olimpia, la bella y querida hermana del Santo Padre; la segunda es la noche maravillosa que prometeis dar á vuestros amigos mañana en la villa Imperia.

—¿Y qué es lo que brillará mas en esa fiesta?

—Vuestra hermosura, señora, vos lo sabeis muy bien.

—Sí, una inmensa concurrencia vendrá á rodear á la espléndida Imperia. Mis salones, mis galerías y jardines, serán invadidos por mis convidados, y mientras tanto la reina de ese tumulto se verá sola, sola como una sombra en medio de su villa! ¿Me creéis vos feliz, Grimaldi?

—No señora, vos no podeis serlo.

—Gracias, Grimaldi, gracias, me comprendéis. Hay pocos hombres como vos que puedan juzgar á una muger como yo, y que le tiendan la mano sin vergüenza y se alejen sin menosprecio. Qué quereis, noble amigo, me encontré huérfano con una fortuna inmensa para brillar, y una muger viciosa para mi guía. A mi primera falta, yo mismo me aplasté bajo el peso del mas estúpido menosprecio. No tenia madre que corrigiera mis malos instintos, no tenia mas que la misericordia de Dios que me salvase, pero mi implacable orgullo no me la dejaba conocer. Despues de esto, me faltaba un hombre de mi clase que me dedicara su amor; me faltaba el amor de un corazon joven y puro que yo hubiera guardado de las asechanzas de otro amor, porque en el mio habia mucho; y me faltaba sufrir, por último, ¡rigor de Dios! un hijo á quien criar, velar y adorar, que me hubiera conducido á la pura senda de las buenas madres. Yo he sufrido, Grimaldi, he sufrido sola, y bajo el brillo de mi diadema de cortesana, he devorado las mas amargas lágrimas por mi pureza primera, por mi paraíso perdido. En mala hora desheché mi blanca túnica por el ropage de escarlata de las cortesanas. Mas ya soy demasiado débil para retroceder en la vida que arrastro. Yo encontré al nacer, una fortuna dispuesta para satisfacer todos mis caprichos, mis deseos eran grandes, y quise multiplicar esa fortuna. Equipé navios, y los lancé á la mar, tuve un feliz éxito. Sé que lo que he ganado en riquezas, lo he perdido en bienestar; he llegado á tener poder, y en mi vida cortesana, jamás he recibido nada de mis amantes, que no me haya gastado por ellos un doble.... ¿Y vos sabeis que lo único que he apreciado ha sido el gobernar á la humanidad por sus vicios! ¡Oh, he sufrido mucho! mas todavia me queda el corazon que no ha sido de nadie, que ha sido mi única virginidad hasta ahora. ¡Ah! las mugeres honradas de la ciudad santa, solarian es-

tridentes carcajadas, si me oyeran hablar de virginidad... Ja, ja, ja, ja... Yo mismo me río.... ¿qué triunfo mayor para mí que la falsedad de sus risas? Sabeis muy bien que he abatido su orgullo, que las he vencido en todos terrenos, que he descubierto todos sus planes, que las he humillado; mas hoy día, Bolonés, serán mas fuertes que yo, porque estoy sintiendo los efectos de la expiación, de la justicia Divina.... Escuchad, amigo mio, voy á abriros mi corazón, todo os lo quiero confiar. Amo, amo sí, pero con un amor inmenso como el espacio, profundo como el mar.

—¡Imperia! pobre muger, pobre corazón, no enjugeis vuestras lágrimas, el amigo las recogerá, el artista las copiará con su pincel, y los ángeles presentarán á Dios su obra de redención!....

Después de un profundo silencio, Grimaldi el Bolonés, llevó á los labios las manos de Imperia, trémula aun de emoción.

—Me habeis dicho dos de las novedades que ocupan á los romanos, ¿pero cuál es la tercera?

—Señora, es la aparición de un libelo escrito contra el Papa. La nobleza y la plebe están conmovidos, el sacro-colegio irritado. La cosa parece bastante grave después que el conde Luis de Parauzio, el sobrino del senador Colona, se ha declarado su autor.

—¿De modo que le prenderán?

—¿Palideceis, señora?... Es demasiado tarde para prender al conde. Ha dejado á Roma ayer mismo, y solo dos personas saben el lugar de su retiro. Yo soy una de ellas.

—¿Y cuáles son las opiniones de ese libelo?

—Como podeis pensar muy bien, las mas acrimosas é infamantes para el Santo Padre. Sus consecuencias pueden ser fatales, porque se ha provocado su cólera.

—¡Ay, Dios mio!

—Yo he trabajado muchísimo para prevenir el efecto del libelo, y si posible hubiera sido para impedir su publicación.

—Un libelo no es una obra en que se desarrolla un gran pensamiento. El conde de Parauzio, habrá demostrado á Inocencio X su ingratitud para con los Barberini, por cuya influencia se sienta en la silla de San Pedro, el ascendiente que tienen sobre la Princesa Rossana, su sobrina, y su cuñada D.^a Olimpia. En fin, el libelo atacará la bula publicada recientemente, en que el Papa condena las cinco proposiciones de Janesio. No puedo analizar esas cosas como muger, y muger que reconoce al autor de ese escrito, como único objeto de su amor.

—¿Qué habeis dicho, señora!.... Mas dispensadme...

—Ya os lo he dicho, y os lo repetiré mil veces á vos, Bolonés, amo como ninguna muger amaré ni puede amar á Luis de Parauzio.

—¿Y el conde lo sabe?

—¡Oh! Jamás osaré yo demostrárselo. Sería para mí la muerte si me despreciase. Ahora vivo con todo ese amor encerrado en el fondo del corazón.

—¡Oh, pobre Imperia!

—¿Qué decis? Estais equivocado, Grimaldi, soy fuerte y puedo resistir ese tormento que yo mismo me impongo. El bello semblante de Imperia estaba arrebatador al pronunciar estas palabras. Grimaldi, contemplando aquella mirada tan tierna, tan dulce, que animaba su perfecto rostro, hacia correr su pincel sobre el lienzo, sin figurarse en lo que pintaba. Podia decirse que estaba en éxtasis. Imperia como si soñara, y apareciendo en su rostro las huellas de la mas desoladora amargura, dijo:

—¡Oh! no me ama... no me amará jamás, no sueña por mí como yo por él; su imagen está grabada en mi corazón... ¡Dios mio, qué he hecho yo para que me castigéis así!... ¿A quién ama él?... ¿Es bella como yo?... ¿Le ama con el mismo delirio que yo le adoro?... —A la joven viuda de su tío el senador Co-

lona, respondió maquinalmente Grimaldi, tan bella como vos, y que le ama con todo el ardor, con toda la pureza de un primer amor.

—¿Es verdad eso! ¿pero quién os lo ha dicho?

—El conde de Parauzio, señora, es mi mas querido amigo.

—¿Mas por qué no están ya casados?

—Luis ama á su tia, y su matrimonio no puede verificarse sin una dispensa de su Santidad.

—Que el Santo Padre no concederá jamás al autor de un libelo que tanto le ha irritado; ¿no es verdad? ¡Qué desgracia, Dios mio! ¿quién le auxiliará?... Amigo mio marchaos, necesito estar sola para llorar, para pensar y orar. Adios Grimaldi, adios, mañana concluiremos El Bolonés se retiró.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.



Á LA PURÍSIMA CONCEPCION.

Perdona ¡oh Virgen! si en mi ruda lira
Tu hermosura á ensalzar mi pecho aspira,
Que á tanto nunca alcanza
Mortal inspiración, humano aliento,
Y triste desaparece mi esperanza
Cual flor marchita que arrebató el viento.

Reina del Cielo, del mortal delicia,
El eco de mi voz oye propicia,
Y pues tierno te adoro,
Piadosa estendiéndome sobre mi tu manto,
Dame el auxilio que anhelante imploro
Y digno entonces sonará mi canto.

¡Ah! ¡mi ruego escuchaste, Madre mía!
Inundado de gozo y alegría
Mi corazón se siente;
En santo fuego de tu amor se inflama,
Y creadora sin fin arde en la mente
De sacra inspiración vivida llama.

Naciste, y de tu cándida belleza
Fue rica gala celestial pureza,
Y por Dios elegida
Para Madre inmortal del Hijo amado,
Única fuiste en gracia concebida,
Y libre de las sombras del pecado.

La voz del Ángel del Señor oiste,
Y Virgen en tu seno concebiste,
Y madre al ser, quedaste
Virgen, cual antes, divinal Señora.
Virgen siempre á los ojos te mostraste,
Y Madre y Virgen el mortal te adora.

Y la sierpe infernal huella tu planta
Y la angustia, y la oprime y la quebranta,
Y las celestes puertas,
Dó mora el Querubín de luz vestido,
Al hombre fueron por tu amor abiertas,
Y el Averno lanzó triste gemido.

Tus formas cñe transparente velo,
Del purísimo azul del claro cielo;
A trechos recamado.
De estrellas mil espléndido relumbra,
Y ondula al vago viento desplegado
Y los sentidos con su luz deslumbra.

El astro de los orbes centellante,
Destello del fulgor de tu semblante,
Su rubia cabellera
Tendiendo en pompa en la celeste altura
Absorto pára su inmortal carrera,
Y estático contempla tu hermosura.

Truecas al soplo de tu sacro aliento
En aura leve el huracán violento,
La oscura noche en día,
El ronco son del pavoroso trueno
En dulce y acordada melodía,
Y el turbulento mar en mar sereno.

De aureola radiante coronada,
De espíritus angélicos cercada,
En vaporosas nubes
Con magestad escelsa el vuelo tiendes
Y á la gloria inmortal del Verbo subes,
Y en tu lumbre purísima la enciendes.

Y allí de Gracia manantial fecundo,
Y esperanza dulcísima del mundo,
Blando aroma regalas,
Dios con sonrisa de placer te nombra,
Y el coro celestial pliega sus alas
Y besa humilde tu bendita sombra.

Por escabel de tu divina planta
Tienes la luna que la noche encanta,
Y contienes piadosa
De la eterna justicia los rigores,
Que entre el hombre y su Dios, Madre gloriosa,
Está tu pecho, manantial de amores.

¡Ah! deja, Reina, que por tí suspire
Y que cual Madre el corazón te mire:
Que postrado á tu planta
Rendido bese tu divina huella,
Y si digno me ves de dicha tanta
Que el lábio imprima reverente en ella.

Y cuando el alma de esperanzas llena
Rompa la vil prisión, que la encadena,
Y al Cielo se levante,
Sé tú su escudo junto á Dios, María,
Por tí en la eterna venturanza cante,
Por tí disfrute sempiterno día.

EL MARQUES DE CABRIÑANA.

EL GENIO DE LA ALHAMBRA.

A C. de V.

¿Quién eres tú bella sombra
Que á mis ojos dolorida
Inclinas la triste frente
Do oculto afán se adivina?
¿Quién turbó del alma tuya
Su dulce paz y su vida?
Bellísimos son tus labios
Y me niegan sus sonrisas;
Bellísimos son tus ojos
Y con tristeza me miran;
Dime, dime bella sombra
¿Qué oculto dolor te priva
Del fuego de tus miradas
Del color de tus mejillas?

—Estrangero, ¿qué te mueve
A saber la pena mía?
Soy el Genio de la Alhambra
Que vengo á llorar mis cuitas
Junto al carmen solitario,
Que sus aromas me envía
En alas del grato ambiente
Que mis cabellos eriza.
¡Soy el Genio de la Alhambra!
Aquel Genio que algún día
Tuvo en la Arabia su cuna
Por bellas huris mecida;
Pasé tierras, surqué mares
Buscando el plácido clima
De Granada, la mas bella
De mis ciudades perdidas!
Quise dejarle un recuerdo
Del amor que le tenía
Y enardecí con mi aliento
De Alhambra, la mente altiva.
¿Cuán pronto me vi en los aires
A su impulso enaltecida!
Mira el patio de arráyanes
De Comarees, sala linda,
Mira las Torres Bermejas
Mi puerta de la justicia,
La Sala de dos-hermanas
Que aun se conservan unidas;
Y la fuente de los leones
Y sus estancias contiguas,
Y de la vela la Torre
Orgullosa de su vida.
Todo es bello, todo es grande,
Cual mi aliento era algún día
Que aquí dejé del Romano
Del Gótico y de la China,
Los adornos y labores
Con mis labores prolijas!..
Mas, ay! que ya de mi Alhambra

Perdí bellezas divinas,
Y perdí las dulces zambros
Con que hermosas favoritas
Alegraban los dolores
Del sultan de sus delicias.
Sus vacíos halarines,
Las doradas celosías
De sus altos agrineces
Para mí ya están perdidas;
Cual perdí vistosas justas
Que á mis damas distraían
Luciendo mis caballeros
Su riqueza y bazarria;
De tantas bellezas, solo
Tristes recuerdos se agitan
Vagando por mis estancias
Solitarias y tranquilas,
Que huyeron con mis escritos,
Mis placeres y delicias!..
Cruza, cruza viagero
Y no turbes mi agonía,
Que de la edad y del hombre
Marchan las diestras unidas,
Y poco á poco mis galas
Y mis recuerdos me quitan!
Deja que llore mi suerte,
Deja que llore tranquila!..

—Perdóname bella sombra
Si he turbado de tus cintas
Las lágrimas dolorosas
Que humedecen tus mejillas.
Cese, cese ya tu llanto
Que nunca será perdida
La memoria de tu nombre
Ni tu grandeza infinita.
Aun tienes á tu Granada
Blandamente adormecida
Al perfume de tus flores
Y al arrullo de tus brisas,
Ostentando su belleza
De Sultana bendecida.
Aun tienes tu vega hermosa
Que al Darro y Genil unida;
Y tienes tus lindas flores
Y tus palmeras altivas,
Y el vivo azul de tu cielo
Y tus fuentes cristalinas
Donde contemplan sus ojos
Tus preciadas granadinas,
Mas puras y mas hermosas
Que las que hubiste algun dia,
Cuando corte de Sultanes
Circasianas recibías,
Mas bellas que tus huries
Y mas que tu Eden divina,
Cual tu cielo y cual tu vega
Respirando poesia.
¿Quién pudiera con su acento
Ensaltar Alhambra altiva
Tu encantadora belleza
Tu Granada y granadinas!..

Agosto 1858.

MANUEL ATARD.

LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Continuacion.)

Muy tierna fue la despedida: Elena abrazó tiernamente á Mrs. Best, recibió la bendición del sacerdote; se despidió afectuosamente de Juana y Damian despues de darles una buena recompensa por sus servicios; y dió las gracias á todos los que la habian acompañado.

Puesta la fragata á pique, se hincharon las velas y se fue magestuosamente alejando. Elena agitaba su pañuelo blanco y los otros no se separaron de la orilla hasta perder el buque de vista.

Mas al retirarse del embarcadero vieron á Iban dentro de un bergantin que estaba para salir con el mismo rumbo.

—¿Válgame Dios! exclamó el escribano, ¿á dónde irá aquel bribon? Me estraña que ya esté puesto en libertad.

—Que Dios le asista, dijo el sacerdote, y lo lleve lejos de nosotros.

—Aun puede, contestó Juana, que vaya en seguimiento de la señorita.

—Puede que por eso se haya embarcado, añadió Mrs. Best.

—No forméis juicios temerarios: Tal vez ya se haya olvidado de ella, dijo el sacerdote.

—Repito que me estraña que ya esté en libertad, replicó el escribano. Pero vaya con Dios: no hablemos mas de esto.

Era verdaderamente estraño que Iban se encontrara libre; pero averiguado el motivo se vino á saber que en sus declaraciones judiciales dió á entender al tribunal que cuando entró en casa de Despard estaba borracho y que sacó el puñal con objeto de matarse porque Elena desdénaba su amor. Que él no la amenazó ni violentó de manera alguna como constaba por las declaraciones de Juana y de la misma Elena.

Como el jurado no halló otra prueba contra él, lo tuvo como un borracho que solo cometió el delito de no respetar el hogar doméstico y de haber asustado á dos mugeres; y le condenó á tres meses de prision y al pago de las costas.

En cuanto Iban tuvo estinguida su condena indignado por habérsele frustrado el rapto que quiso cometer, y enterado de que Elena iba á vivir á París se determinó á marchar tras ella con objeto de hacerla asesinar.

Para hacerse con recursos de dinero engañó á una bailarina que estaba enamorada de él y la pidió cien libras esterlinas, so pretexto de ir á París á ajustarla en un teatro que ofreciera mayores ventajas que el de Londres, y con este falso pretexto se embarcó en el bergantin en que se le vió, y el cual se hizo á la vela dos horas despues que la fragata en que se fue Elena.

Apenas estarian los buques unas doce millas de tierra cuando principió á embravecerse el mar, arreciando el viento sus corrientes de tal manera, que se rompieron dos vergas de la fragata, que parecia que iba á hundirse en el fondo de aquel estrecho en donde suelen peligrar mucho las embarcaciones.

—¡Estamos perdidos! exclamó el piloto; una borrasca espantosa nos amenaza, no hay mas remedio que cerrar las escotillas y encomendarnos á Dios.

El cielo estaba oscurecido, los relámpagos serpenteaban por el aire y el trueno retumbaba estrepitosamente. Los vaivenes del buque eran tales que se rompió toda la vajilla que llevaban.

Elena creyó que aquel era el último dia de su existencia y pensaba verse pronto con su padre; Sergent Best creia no volver á ver á su esposa y hasta los marineros no confiaban salir en bien de aquella terrible tempestad.

Si en tan graves apuros se encontraban los pasajeros de la fragata, mayores eran los que sufrían los del bergantin. Un buque francés que les iba muy cerca siguiendo rumbo contrario no podia apartarse de ellos porque la tempestad no se lo dejaba hacer, y chocando en uno de los golpes de mar contra el bergantin, lo partió rompiéndolo por el medio.

Parte de la tripulacion pudo salvarse en el bote, mas todos los pasajeros se vieron de pronto envueltos por la corriente luchando en vano con el furor de las olas.

Iban asido de una tabla luchaba con esfuerzo para salvarse. Las olas le impedían unas veces la respiracion cubriéndole la cabeza, y otras se la levantaban como escollo, prolongando así su angustiosa agonía.

En medio de tan terrible situacion creia sentir que los espectros de Despard, Francis y Wood le tiraban de los piés para sumergirle mas en el fondo.

Fatigado en aquella espantosa lucha se encojieron sus miembros, tragó una gran cantidad de agua y pereció ahogado.

Poco rato despues su cadáver rodaba hinchado y flotante sobre la ondulosa superficie de

las aguas. Igual suerte sufrieron cuasi todos los navegantes del bergantin, y solo se salvaron los que pudieron meterse en el bote.

Pasada una hora se calmó la tempestad volviéndose el viento favorable al rumbo que seguia la fragata, de manera que en cinco horas mas llegaron á Calais sin tener que lamentar ninguna grave desgracia.

Salvos y en tierra nuestros pasajeros descansaron un dia y al siguiente partieron para París.

Los tios de Elena la estaban esperando ansiosos de poderla estrechar entre sus brazos y de consolarla.

En cuanto llegó corrieron á abrazarla y un torrente de lágrimas les embargó la palabra.

Sergent Best dejó que se desahogaran con el llanto y luego procuró calmarles con palabras consoladoras y persuasivas.

La hermana de Despard se llamaba Isabel, era esposa del ciudadano Duran, hombre muy instruido y que poseia una renta de ciento veinte mil francos anuales. No tenían hijos y vivian felizmente disfrutando de muchas comodidades.

A los dos dias despues de la llegada de Elena y de Sergent Best á París, éste leyó al ciudadano Duran y á su esposa el testamento de Despard, de cuyo contenido ya tenían noticias, y les contó cuanto habia ocurrido durante el proceso tratando de disimular todo aquello que mas triste les fuere; renunció todos los honorarios que como abogado le correspondian en favor de Elena, y dijo que era tanto el afecto que él y su muger le habian tomado durante el tiempo que estuvo en su compañía, que si no hubiera tenido que salir de Londres siempre la hubieran tenido á su lado.

El ciudadano Duran le dió las gracias y le dijo que habia leído con gusto en «El Monitor» el profundo y elocuente discurso que habia pronunciado en el foro en defensa de su desgraciado cuñado, por todo lo cual le estaria eternamente agradecido.

Quince dias estuvo Sergent Best en París, durante los cuales recorrió todo lo mas notable de aquella poblacion, partiendo despues para Londres.

El ciudadano Duran y su esposa en señal de agradecimiento le regalaron un precioso reloj de oro orlado de diamantes y un magnifico aderezo de perlas para su muger. Al mismo tiempo le dieron una carta muy atenta y otros regalos para que los entregara al sacerdote.

Elena tuvo gran sentimiento por tener que separarse de Sergent Best, y fue con sus tios á acompañarle hasta el coche para despedirle.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

Con fecha 27 del pasado hicimos el giro á cargo de nuestros suscritores de provincias.

Esperamos se servirán satisfacerlo con la puntualidad que tienen de costumbre.

PAGINAS DE UN ALBUM

POR

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

Se hallan de venta en Madrid en las librerías de Duran, Moya y Plaza y Bailly-Bailliere; en provincias dirigiéndose á D. Cristóbal Gonzalez, San Vicente Alta, 52, Madrid.

Precio 8 rs.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.